

La nueva clase gobernante y el cambio

Augusto Peón Solís

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Querétaro.

En los últimos años se ha discutido con intensidad acerca de las peculiaridades de la transición a la democracia en México y el cambio que ésta ha significado. El propósito en estas notas no es tanto discutir el carácter sui generis de dicha transición, como compartir con el lector algunas inquietudes sobre el estado actual de la política mexicana, después de dos años de haberse dado la histórica alternancia en el poder.

Me interesa evaluar un aspecto que dista de ser privativo de México: la baja calidad y el pobre desempeño de la nueva clase política -en este caso la representada por Vicente Fox, sus amigos y el pan-, bajo la perspectiva de lo que ha sido el ejercicio de su gobierno, y si éste se ha traducido en un cambio sustentado en los cánones que supone el uso de la política como instrumento edificador de consensos y generador de certidumbre. A fin de dar cuenta de estos aspectos me apoyaré en algunas ideas expresadas por Max Weber, Gaetano Mosca y Robert Michels, en términos del crucial peso que atribuyeron al liderazgo ejercido por la clase política como factor de progreso y desarrollo.

I

En sus Escritos políticos, Max Weber puntualizó que si algún principio podía establecerse en el campo de la política era el "principio del pequeño número"; el principio de la superior maniobrabilidad de los grupos dirigentes como determinante de la actividad política. De acuerdo con esto, la calidad y el carácter de esos grupos eran de suprema importancia pues de ellos partían las iniciativas, la posesión del mando y la capacidad para formular las estrategias que prevalecían en la política. En tal sentido, Weber subrayó que si bien las estructuras políticas no necesariamente podían distinguirse por ser más democráticas, sí lo hacían por la estatura y visión política de sus elites gobernantes. Consideró que, ante todo, los órdenes políticos debían ser evaluados con base en el tipo de dirigente al cual dichos órdenes daban la oportunidad de alcanzar posiciones de liderazgo.¹

De acuerdo con la perspectiva weberiana, era el dirigente político el que podía

llevar a cabo grandes acciones y la ventaja de la democracia radicaba en las oportunidades que brindaba para que se elevaran a posiciones prominentes individuos talentosos, capaces de ejercer la responsabilidad y con juicio independiente para convertirse en líderes de verdadera consecuencia política.² Por su parte, a Robert Michels -discípulo de Weber- y Gaetano Mosca, no les preocupaba tanto la formación de grupos oligárquicos en el interior de toda organización política, pues ese fenómeno era considerado por ellos como inevitable, sino el tipo de individuo que accedía a la clase política, pues de ello dependía el progreso de toda organización social. Mosca, por ejemplo, destaca el concepto de "nivel de civilización", criterio que integra una multiplicidad de elementos como la distribución de la riqueza o el avance económico y tecnológico, que configuran el grado de desarrollo de una comunidad.³ Para el ilustre académico y político siciliano, el peso de la clase gobernante era tal que el nivel de civilización de una sociedad estaba estrechamente asociado con la calidad de la misma y a su visión estratégica de la política, y variaba de acuerdo con cómo esta elite se transformaba. En lo concerniente a Michels, sostenía que la salida al problema de la formación de oligarquías egoístas y conservadoras en las organizaciones democráticas, radicaba en el surgimiento de líderes carismáticos, dotados de grandes cualidades "técnicas y morales" que les permitían colocarse por encima del nivel general, y en un momento dado capaces de realizar acciones susceptibles de incidir en los procesos de cambio.⁴

En suma, de las virtudes de la clase gobernante derivan no sólo la calidad y los alcances de la política, sino las posibilidades mismas de generar condiciones de avanzar en la resolución de los problemas y conflictos inherentes al cambio social. De ahí la centralidad atribuida por estos pensadores clásicos al papel desempeñado por la clase política, y a los decisivos efectos de su actuación en la configuración de órdenes políticos orientados a la consecución de propósitos sustantivos.

Es en el marco de estas ideas que interesa evaluar el papel jugado por la clase gobernante foxista. Antes de ello, empero, es importante destacar algunos de sus rasgos distintivos.

II

En el México de la larga etapa autoritaria, el régimen se encargó de producir a dirigentes que, aunque se diferenciaban en cuanto a su visión de lo que en sus respectivos momentos era importante para el desarrollo, eran eminentemente pragmáticos, condicionados tanto por el verticalismo de las estructuras políticas como por las formas de comportamiento de un sistema que los

obligaba a expresar lealtad y sumisión al jefe en turno, so pena de no acceder a los poderosos incentivos que determinaban sus destinos: poder y riqueza, mediante la corrupción. Dentro de este esquema, los líderes tejían redes y alianzas a través de instancias corporativas y utilizaban la política como mecanismo aglutinador de intereses en favor del procesamiento de demandas y la generación de consensos. De ahí el fortalecimiento de la clase política priista y, mal que bien, su éxito en términos de resolver problemas, acercarse a sectores clave de la sociedad y dirimir conflictos en el marco de un uso selectivo de la coerción y de un discurso fundamentado en principios como el nacionalismo revolucionario, la justicia social o la soberanía.

Esos liderazgos operaban en un entorno político que distaba de generar líderes dotados de las cualidades exigidas por la teoría política de Weber, pero que, de acuerdo con la lógica, hasta cierto punto incluyente del régimen autoritario, se veían impelidos a utilizar la política como recurso central en el acercamiento de posiciones, en el fortalecimiento de fidelidades y en la distribución de nada despreciables dividendos.

Por su parte, después de dos décadas (1980-2000) en las que la tecnocratización se convierte en el rasgo cons-picuo de la elite política y se sustituye el discurso revolucionario populista por un discurso racional y funcional, la incipiente democracia mexicana ha engendrado una nueva clase gobernante que dista de ser homogénea pero en la que la mayoría de sus integrantes comparten ciertos rasgos en común: se encuentran ubicados a la derecha del espectro político, se han dedicado previamente a actividades de tipo gerencial y se cobijan bajo el piadoso velo de la religión y la moral. Portadores de una "mentalidad distintiva", están integrados por profesionistas selectos que abanderan principios consi-derados como esenciales en su desempeño laboral previo y que ahora han trasladado a la esfera pública: transparencia, planeación estratégica, eficiencia y racionalidad, permeados por el apego a una nebulosa noción del "bien común" y a otra, no menos abstracta, del "cambio". Noción esta última, por cierto, no sustentada en elementos inherentes a la actividad política como la creación de consensos, el establecimiento de alianzas o el desarrollo de esfuerzos capaces de estrechar las relaciones gobierno-sociedad, sino en criterios de racionalidad empresarial, en el desempeño moral de los individuos y en los concomitantes resultados que, al menos en teoría, todo ello debería ser capaz de generar.

En esta perspectiva, ¿cuál ha sido el desempeño de esta elite gobernante en el

marco de las transformaciones políticas características de los últimos años?

III

Debemos reconocer que la clase dirigente es producto de y opera en el contexto de profundas transformaciones políticas, que hasta ahora ha estado dispuesta a respetar. Entre ellas, la más importante es el hecho de que la gobernabilidad está hoy fincada en el ejercicio de un voto transparente, efectivo y regular, respaldado por instituciones electorales cuya calidad es equiparable a la de las democracias más avanzadas del mundo. En este sentido, las elecciones han pasado a ser, en contraste con lo que acontecía durante los últimos años de la hegemonía priista, factores de estabilización y de canalización institucionalizada del conflicto. Se han convertido en mecanismos idóneos para moderar la temperatura política, propiciar la competencia dentro un marco de certidumbre e, incluso, activar procesos capaces de potenciar la creatividad e imaginación de fuerzas políticas que antes se veían constreñidas por la cerrazón del régimen.

De manera similar, el nuevo grupo gobernante actúa en un entorno caracterizado por el peso acentuado de los poderes en el quehacer político. La relevancia política del Congreso ha aumentado enormemente y, a diferencia del pasado, se ha constituido en el centro de gravedad de la política nacional. El poder Legislativo es ahora factor de contrapeso efectivo del Ejecutivo, así como espacio crucial de formulación y debate de las principales políticas públicas. Una parte sustantiva de los asuntos políticos y económicos del país pasan necesariamente por el tamiz de dicho poder. La Suprema Corte de Justicia es un ejemplo de lo que ha sido el progreso político en el país, al cumplir un papel que entraña una cada vez mayor autonomía e irse fortaleciendo como órgano garante de la constitucionalidad de los actos de gobierno e instancia defensora de derechos fundamentales del individuo frente a la autoridad.

Hay otros aspectos positivos en relación con los cuales el nuevo grupo dirigente ha actuado con acierto: las libertades públicas y los derechos humanos se han promovido; se ha respetado el libre accionar de los medios de comunicación, especialmente la prensa escrita y la radio, como espacios críticos de múltiples voces que antes eran ignoradas o reprimidas, además de que recientemente se ha propuesto reformar integralmente los medios electrónicos para democratizarlos. También se han aprobado iniciativas que demuestran el interés del gobierno en que el ciudadano tenga acceso a la información, vía la apertura de archivos, así como la necesidad de hacer transparentes los actos de la autoridad.

Estos avances que la nueva clase gobernante ha contribuido a preservar -o a impulsar- no son menores. Claramente, han creado un ambiente distinto en la política mexicana y podrían, a su vez, dar pie a otros logros que gradual pero efectivamente beneficien a la sociedad en su conjunto. Sin embargo, y esto es lo paradójico, los pasos hacia adelante no se han traducido todavía en ventajas concretas para la mayor parte de los ciudadanos ni, en consecuencia, en una mayor aceptación de la así proclamada, por Fox y los panistas, "política del cambio". No sólo eso, se percibe desencanto en importantes sectores de la sociedad y se extiende la idea de que a los obstáculos ya de por sí serios que enfrenta la incipiente democracia mexicana hay que agregar las no menos severas limitaciones políticas de los nuevos dirigentes.

IV

Al respecto, los hechos hablan por sí mismos. Enorme contraste entre desmedidas promesas de campaña y logros efectivos; buenas intenciones pero grandes lagunas en el conocimiento del pasado y del presente, tanto a nivel doméstico como internacional; un gabinete inconsistente, poco comprometido con un proyecto a seguir y que ha terminado por inmovilizar el cambio; dilapidación de un enorme capital político que ha derivado en el desaprovechamiento de una energía social que pudo haberse canalizado en favor de reformas sustantivas; una política exterior errática que rompe con una lúcida tradición de consistencia y defensa de lo nacional; permanencia de aspectos que los ciudadanos detestamos: co-rrupción, abusos policiacos, tortura, secuestros, militarización de los altos mandos de la policía; contradicciones, ambivalencias e incapacidad para articular medidas que disminuyan los márgenes de incertidumbre dentro de los que operan los actores políticos; ausencia de sentido estratégico en el mando; creciente distanciamiento entre la autoridad y los gobernados.

En suma, lo que se tiene es a una clase dirigente cuyo accionar se ha traducido en desgobierno, expresado en multiplicidad de desaciertos y en una consistente incapacidad para aminorar la carga del poderoso legado autoritario que ha heredado. Para ello, empero, el empleo a fondo de la política por parte de la elite dirigente hubiera sido fundamental en el transcurrir de estos dos primeros años de gestión. Por desgracia -con excepción de la confrontación con el sindicato de Pemex-, lo que ha prevalecido en el accionar del gobierno es el desdén por lo que es la esencia de la política en las democracias modernas: la creación de condiciones para que intereses divergentes opten por un nivel de compromiso adecuado para su desenvolvimiento y, logrado esto,

para que participen corresponsablemente en la resolución de los problemas. Al no hacerlo así, al no proporcionar a los distintos intereses políticos sentido de seguridad, medios claros de articulación y condiciones para que varios tipos de poderes encuentren un nivel razonable de tolerancia mutua y apoyo, la nueva clase política ha obstaculizado las posibilidades de que dichas fuerzas hagan una contribución positiva al espinoso problema de gobernar.

En este contexto, la realidad es que, después de las elevadas expectativas que despertó el arribo al poder del gobierno foxista, México todavía se encuentra en los límites del deterioro y la vulnerabilidad. En el campo educativo, figuramos entre los últimos lugares y hasta ahora está ausente una clara estrategia de gobierno que nos ponga en camino de alcanzar los avances logrados en otras latitudes en materia de desarrollo científico y tecnológico. En el terreno de la salud pública, la carencia de recursos asfixia a las instituciones y es paupérrima la calidad de los servicios. En materia de distribución de la riqueza, nos ubicamos entre los peores de América Latina y es clara la tendencia hacia una concentración cada vez mayor. La infraestructura en sectores como la petroquímica y aeropuertos es insuficiente y obsoleta. En la economía, a pesar de la relativa estabilidad macro, los desequilibrios estructurales y los niveles de desempleo han crecido al tiempo que se ha estrechado todavía más la dependencia con Estados Unidos. Las instituciones políticas, al tiempo que reflejan avances como los arriba mencionados, tampoco garantizan los equilibrios necesarios para asegurar la gobernabilidad. El Estado de derecho es frágil y el poder público ha sido acosado por el brutal impulso que han adquirido el narcotráfico y la delincuencia organizada. El campo, por su parte, se ha convertido de nuevo en foco de atención pública tanto por el abandono del que ha sido objeto, como por los recientes brotes de violencia que han surgido y que amenazan con multiplicarse.

V

Frente a ello, faltan el talento, la iniciativa y la visión que Weber tanto valoró y exigió, como condición para que los políticos se conviertan en los líderes de consecuencia que demandan los actuales tiempos. Está ausente, incluso, un aspecto más elemental que Mosca destacó: la imperiosa necesidad de que la clase política fuera consciente de ser una clase gobernante a fin de alcanzar "el máximo posible de competencia política y entendimiento". Para ello, sin embargo, la elite gobernante tenía que persuadirse "de una vez por todas" de la idea de que, para pertenecer a una minoría selecta, "no bastaba con haber manejado una empresa con éxito", eran necesarios también el "meticuloso

estudio", la "profunda convicción de servicio" y la capacidad para "desprenderse de prejuicios" que obstaculizaban su desenvolvimiento y consolidación como clase dirigente.

Parafraseando a C. Wright Mills cuando hacía referencia a la elite del poder en Estados Unidos,⁵ con honrosas excepciones, la actual dirigencia política dista de formar parte de un linaje de dirigentes apegado a lo que sería una elite cultivada, sensible, dispuesta a defender el interés público y abierta a la aceptación de las diferencias que entraña el juego democrático. Por el contrario, prevalecen en el gobierno un elemental conocimiento de lo que es la política, la carencia de un proyecto de nación incluyente y justo, y el predominio de prejuicios opuestos al ejercicio democrático de gobierno. En este sentido, cabe afirmar que, en general, quienes ocupan las posiciones clave del gobierno no son producto de la virtud y su éxito no está conectado con el mérito político. Quienes ocupan dichos puestos, no han sido hombres y mujeres seleccionados y adiestrados por un servicio civil vinculado al ámbito del conocimiento. Tampoco son personajes acotados por una pluralidad de organizaciones sociales autónomas que enriquezcan el debate público y lo conecten con los centros donde se toman las decisiones. Son hombres y mujeres que embonan con los requerimientos y objetivos de una lógica gerencial de la política que, en el corto tiempo que ha sido aplicada, ha terminado por minar expectativas sociales y, sobre todo, por obstruir las cualidades estratégicas y de conducción que el ejercicio de la política implica en todo contexto democrático que se precie de serlo.

Hoy, más que nunca, el crucial peso que han adquirido las relaciones entre el Ejecutivo y el Congreso, la gran pluralidad de intereses políticos o la extraordinaria intensificación y profundización de las conexiones globales, demandan la presencia de los políticos de altura -expertos, prudentes y responsables- que la teoría política de Weber tanto valoró y que posteriormente Michels y Mosca exigieron como condición para alcanzar un significativo desarrollo político. Desde esta perspectiva, lo que la gobernabilidad democrática requiere no es nada más, como con tanta razón se ha esgrimido, de equilibrios institucionales que permitan la expresión del pluralismo político así como de incentivos que propicien una mayor cooperación entre los actores políticos. Con todo lo importante que ello representa, empero, el ejercicio democrático de gobierno también pasa por los actores y demanda de ellos una visión política de amplio alcance, capaz de rebasar la estrecha perspectiva gerencial que ha caracterizado el desempeño del gobierno foxista.

Y ésa es, precisamente, la paradoja que enmarca a las presentes circunstancias a dos años de la histórica alternancia: cuando la complejidad de la política se ha acrecentado a niveles inconcebibles y las condiciones domésticas e internacionales demandan la presencia de una clase gobernante cuya formación política esté fincada, como diría Weber, en el "conocimiento de los hechos, la voluntad firme y la experiencia sensata", lo que en realidad predomina en su seno es el diletantismo, una perniciosa tendencia a ignorar la realidad y la proclividad a convertir al marketing político en la razón última del quehacer gubernamental. Con una perspectiva de tal naturaleza a cuestas, a nadie debe extrañar que la clase política de la alternancia ni siquiera parezca capaz de evaluar las consecuencias de sus actos; ya no digamos de la centralidad de su desempeño como elemento forjador de un mejor destino para el país.

Después de siete décadas de autoritarismo, resulta lamentable que las nuevas circunstancias políticas hayan generado lo contrario a las "cualidades auténticamente políticas de líder" que Weber atribuyó al dirigente de gran visión. En esos términos, la larga espera parece haber sido infructuosa. Se ha pasado de una lógica vertical y arbitraria, pero por un buen tiempo generadora de esperanza, a una en que la nueva clase dirigente le ha dado la espalda a la política en los tiempos en que, precisamente, resulta fundamental su pleno ejercicio. Al hacerlo así, la clase gobernante ha desdeñado el empleo de la misma como instrumento y modelo de construcción democrática. De continuar por esa ruta, el gobierno de Fox no sólo verá cada vez más reducidos sus márgenes de maniobra para cristalizar los proyectos sustantivos que le urge impulsar a fin de asumir el rumbo de la transición. Terminará por socavar las posibilidades mismas de evitar la polarización, conducir eficazmente el conflicto y, como sucede en las democracias desarrolladas, de traducirlo en factor civilizador, estabilizador y fuente de progreso.

En estas condiciones, las perspectivas para el asentamiento de la democracia y su maduración son endebles. En el presente, la incipiente democracia mexicana no está produciendo líderes de reconocida y probada estatura, capaces de crear lo más importante que hay en política: futuro. Lejos de ello, la nueva dirigencia se encuentra atrapada en la red de sus propias limitaciones, y está echando por la borda la gran oportunidad histórica de ser mejor que la clase gobernante del viejo orden. Para hacerlo, empero, tendrá que romper con las ataduras que la han llevado al desdén por la política que hasta ahora ha manifestado. De seguir guiándose por el prejuicio antipolítico, no sólo irá

perdiendo cada vez más terreno en la arena electoral; hará la peor de las contribuciones posibles a la causa democrática: destruir el sentido de esperanza que los ciudadanos tenemos en relación con la democracia y el futuro que ella puede edificar.

Al referirse a las posibilidades de cambio en momentos decisivos, Michels expresó en tono pesimista: "Si cambia el maestro de capilla, pero la música es siempre la misma". En el caso mexicano, no sólo queda la música; la dirección ni guía, ni marca el ritmo

1 Véase en especial, Max Weber, Escritos políticos, Folios Ediciones, México, 1984, pp. 95-105.

2 David Beetham, Max Weber and the theory of modern politics, George Allen and Unwin Ltd, London, 1974, pp. 101-102.

3 Gaetano Mosca, The ruling class. Elementi di scienza politica, McGraw-Hill, London, 1939, pp. 386-394.

4 Robert Michels, Political parties. A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy, Free Press, 1962, p. 370.

5 C. Wright Mills, The power elite, Oxford Univ. Press, London, 1956, p. 351.